

Cronotopo y polifonía en *Jornadas Náuticas* de Fray Jacinto de Carvajal, O.P. *

Chronotope and polyphony in *Jornadas Náuticas*, by Fray Jacinto de Carvajal, O.P.

MARTA GONZÁLEZ DE DÍAZ, ANDRÉS MAURICIO ESCOBAR Y JUAN GUILLERMO MIRANDA

Universidad Santo Tomás. Instituto de Estudios Socio-Históricos Fray Alonso de Zamora, Calle 68 No. 12-40, código postal 110231 (Bogotá, Colombia).

gonzalezmartadiaz@gmail.com / andresescobar@usantotomas.edu.co / juanmiranda@usantotomas.edu.co

Recibido: 31-1-2018. Aceptado: 27-3-2018.

Cómo citar: González de Díaz, Marta; Andrés Mauricio Escobar y Juan Guillermo Miranda, “Cronotopo y polifonía en *Jornadas Náuticas* de Fray Jacinto de Carvajal, O.P.”, *Castilla. Estudios de Literatura* 9 (2018): 114-152.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.114-152>

Resumen: Este trabajo pretende realizar un análisis de la crónica *Jornadas Náuticas* de fray Jacinto de Carvajal a la luz de los conceptos bajtianos cronotopo y polifonía, en diálogo con la historia que rodea los acontecimientos narrados por la crónica. Esta lectura del texto de fray Jacinto evidencia tanto una visión del tiempo marcada por la tradición cristiana-católica, como una vivencia del espacio caracterizada por las prácticas cotidianas, la asombrosa naturaleza y los registros etnográficos. El cronotopo permite entender cómo la polifonía evidencia voces con rasgos únicos, que hacen a los nativos autónomos y resistentes a la llegada española.

Palabras clave: *Jornadas Náuticas*; cronotopo; polifonía; indígenas; españoles

Abstract This work intends to analyze the chronicle *Jornadas Náuticas* by Fray Jacinto de Carvajal in the light of the Bajtian concepts chronotope and polyphony, in dialogue with the history surrounding the events narrated by the chronicle. This reading of Fray Jacinto's text demonstrates both a vision of time marked by the Christian-Catholic tradition, and an experience of space characterized by daily practices, the amazing nature and ethnographic records. The chronotope allows us to understand how polyphony evidences voices with unique features, which make the natives autonomous and resistant to the Spanish arrival.

Keywords: *Jornadas Náuticas*; chronotope; polyphony; indigenous; Spaniards.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación titulado “Cronotopo y polifonía: de fray Gaspar de Carvajal a fray Jacinto de Carvajal” ejecutado entre 2016 y 2017 en el Instituto de Estudios Socio-Históricos Fray Alonso de Zamora.

INTRODUCCIÓN

Jornadas Náuticas de fray Jacinto de Carvajal, O.P., se inscribe en un hito más de la conquista y pacificación de América y articula un momento importante para la región que describe. Exhibe un aspecto geográfico, la extensa región del Orinoco, y una época, 1647, en la que el capitán Miguel de Ochogavía, oriundo de Barinas (Venezuela), se propone descubrir y redescubrir poco a poco la extensa región donde fluye el río Apure. La crónica de fray Jacinto de Carvajal ofrece un rico material informativo referente tanto a la flora y a la fauna como a diversos aspectos etnográficos que evidencian parte del pasado natural y cultural no solamente de la región local, sino de Venezuela en general.¹

La crónica del dominico ha sido consultada y estudiada a partir de distintos puntos de vista, gracias a la variedad de contenido que allí se presenta. Por un lado, el interés de varios estudiosos ha sido fijado en los aportes sobre la biodiversidad y la etnografía que expone la crónica. Por otro lado, algunos investigadores han puesto su mirada en los aspectos históricos y geográficos, realizando una descripción general de los asuntos más destacados de la crónica. El relato de fray Jacinto de Carvajal ha sido relativamente poco estudiado y tratado en comparación con lo que se ha escrito acerca de otras obras cronísticas. Este hecho nos posibilitaría un acercamiento desde diferentes ópticas y nos permitiría leer la crónica a partir de nuevas perspectivas que pueden enriquecer su estudio y comprensión.

¹ La antropología y la etnografía en Venezuela tienen un buen número de textos. Uno de los trabajos clásicos en este último aspecto es *Estudios de etimología antigua de Venezuela* (1983) escrito por Miguel Acosta Saigne, quien ha compuesto diversos textos sobre el tema (ha escrito, además, sobre las *Jornadas Náuticas* (1951)) vigentes hasta nuestros días, como se observa en *Estudios para la formación de nuestra identidad* (2017). Su amplia obra ha sido objeto de varios estudios y comentarios en la tradición académica antropológica de Venezuela, tal como puede verse en el volumen 16 de la Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales (2010) dedicado a sus estudios sociales y antropológicos (véase también Clarac, 2010, Molina, 2007 y Velázquez, 2010). Entre otros autores sobre temas antropológicos en Venezuela pueden tenerse en cuenta los siguientes: acerca de la historia antropológica en Venezuela puede consultarse Clarac (1993). Sobre etnografía puede consultarse *Los aborígenes de Venezuela*, un compilado de estudios etnográficos de varios tomos que abarcan desde la época antigua hasta la época contemporánea. En el aspecto arqueológico de Venezuela hay que rescatar el aporte de Cruxent y Rouse (1961) y Sanoja y Vargas (1974).

Siguiendo el enfoque metodológico según el cual las crónicas de Indias son textos que reúnen características históricas y literarias, iniciamos un camino de análisis donde aplicamos categorías literarias (propias de relatos ficcionales) a la crónica sin desligarla de su imprescindible aspecto histórico. En este orden de ideas, la propuesta que aquí presentamos constituye un enfoque interdisciplinar que, aunque se base principalmente en historia y literatura, también bebe de la antropología, teniendo en cuenta el aporte etnográfico que habita en la crónica. De esta manera, este artículo pretende revisar la crónica *Jornadas Náuticas* a partir de las categorías bajtianas cronotopo y polifonía con el fin de hacer una lectura de la narración en diálogo constante con los hechos históricos que rodearon la exploración de la región relatada. Estas categorías nos servirán como eje articulador para dar cuenta sobre cómo, cuándo y dónde se desarrollan los acontecimientos del relato y sobre cómo interactúan los personajes en una polifonía de voces que devela tanto un momento histórico de pacificación, como una resistencia por parte de los naturales a la dominación hispánica.

La estrecha relación que señala Bajtin entre la extensión del espacio y la fugacidad del tiempo le imprime a los personajes formas dinámicas (tanto de permanencia o de cambio, como de aceleración y lentitud) que le otorgan al texto una riqueza incomparable. La polifonía que anima el relato configura un escenario humano en el que la diversidad de voces le brinda al texto un movimiento vivaz de culturas que constituyen formas de vida únicas e independientes. El espacio y el tiempo hacen posible que surjan las características propias de las voces que participan en el texto y que constituyen la forma de pensar una polifonía, es decir, voces independientes al autor.

Nuestro texto estará dividido en tres partes principales. Una primera se dedicará a revisar el cronotopo, en el cual se mostrarán las características del espacio y el tiempo que se encuentran en la narración. La segunda parte propone un contraste entre las voces provenientes de los indígenas, nativos de la región, las voces de los comandantes que dirigen la expedición y la voz de fray Jacinto, quien trata de organizar la comunidad bajo el signo cristiano de la cruz. La tercera parte muestra unas conclusiones generales.

Para llevar a cabo la investigación no solo construimos un estado del arte, sino que organizamos una búsqueda historiográfica que nos permitiera entender el contexto histórico detrás del texto y su contenido. La crónica del dominico, que no ha sido estudiada desde el punto de vista

que proponemos, es más conocida a nivel regional y ha tenido tan solo algunos estudios y algunas lecturas.

1. JORNADAS NÁUTICAS Y SU CONTEXTO DE PRODUCCIÓN

Vimos muy conveniente la redacción de un contexto histórico no solo porque contribuía a entender con mayor precisión lo que queremos exponer en nuestro artículo, sino por el relativo desconocimiento que existe en varios lugares del mundo tanto de la crónica misma como de la región y su historia. Para realizar esta tarea se consultaron fuentes secundarias y primarias. Aunque no pudimos visitar algún archivo del área local de Apure, sí tuvimos acceso al Archivo Histórico de la Provincia Dominicana de Colombia que recoge los archivos coloniales de los dominicos en el Nuevo Reino de Granada, lugar que tenía bajo su jurisdicción la zona del río Apure.

La vida y obra del religioso dominico fray Jacinto de Carvajal, en comparación con la producción cronística de otros autores religiosos de la época, es poco conocida; incluso *Jornadas náuticas*, relato escrito a mediados del siglo XVII, no ha tenido la trascendencia que se le debería reconocer, debido al desconocimiento de la labor de los frailes dominicos en tierras venezolanas. Sin embargo, si atendemos a la experiencia de lectura y nos aproximamos a las Crónicas de América² que se escribieron a partir del siglo XVI, tratando de desentrañar el significado implícito de los relatos de la conquista y de las gestas que tuvieron lugar en los territorios conquistados por la espada, por la cruz y la palabra, nos damos cuenta, tal como lo señala José María Vergara y Vergara en el breve exordio de su *Historia de la literatura en Nueva Granada*, que el número y la índole de los escritos “viene a ser el espejo en que se refleja por entero la vida de la sociedad en lo privado y lo público, y los pregoneros del linaje de ideas que en cada tiempo predominan” (1867: V). Las elevadas palabras del escritor y periodista decimonónico vienen a ser la comprobación de la afinidad que existe entre una obra y su contexto de producción.³ En efecto,

² Sobre las Crónicas de América y algunos aspectos generales como su época de producción y sus características puede consultarse Saavedra (2005). Para profundizar en los distintos tipos de Crónicas puede revisarse Mignolo (1982). Sobre las tendencias en los estudios recientes acerca de las Crónicas de Indias puede verse Añón y Battcock (2013).

³ Entendemos por contexto de producción o contexto extraverbal a “todas las circunstancias no lingüísticas que son conocidas por los hablantes” (Ayuso, García y

afirma este autor, el estudio de lo que han sido las letras es una forma de “entender la historia de un pueblo, puesto que ellas expresan las ideas que sucesivamente lo han agitado, y que de las ideas maduradas nacen luego los hechos, es decir, los sucesos históricos” (1867: VI).

Si nos remitimos en el tiempo a la escritura de los cronistas, nos damos cuenta de que su producción, a finales del s. XVI y principios del XVII, es una muestra tangible de los hechos de un grupo social en su diversidad temática, cronológica y estilística, y al mismo tiempo es correlato de un conjunto de preocupaciones, métodos, marcos de referencia, influencias y concepciones que definen su existencia histórica. Ahora bien, ¿qué elementos podríamos destacar de ese trasfondo en el caso de fray Jacinto de Carvajal y su narración *Jornadas Náuticas*?

En 1647, cuando el fraile dominico Jacinto de Carvajal documentó su periplo por el río Apure en la expedición comandada por el capitán Miguel de Ochogavía, un acendramiento de nuevas formas de dominación dio lugar al apaciguamiento de las guerras y la disminución en la violencia de los choques iniciales. Fray Jacinto escribe una relación de los hechos de esta expedición con detalles relacionados a las particularidades de la región, de la flora y de la fauna. Es el inicio del “proceso de organización administrativa y política” (Cristina, 1989: 254), de sustitución de las primeras ocupaciones españolas por asentamientos permanentes a través de la fundación de ciudades y de la adopción de formas de aculturación guiadas principalmente por la labor misionera. Esto da lugar a que los arcabuces y las espadas blandidas de los primeros contactos fueran reemplazadas por rosarios e imágenes religiosas de la cada vez más nutrida red de párrocos, doctrieros y misioneros. En suma, se trata de la aparición de nuevas instituciones jurídico-administrativas, entre las cuales descolló la encomienda como principal mecanismo para reducir y aprovechar a los indios, así como de la paulatina aparición de formas de vida urbana⁴ desde

Solano, 1997: 78), entre las cuales se cuentan tanto las experiencias físicas y empíricas comunes, como la historia (desde un nivel personal o individual hasta el nacional o transregional) y las tradiciones culturales de una comunidad. Se trata, en últimas, de la “realidad idiomática, sociocultural o personal que rodea a una obra literaria o a un texto” (Moral, 2004: 71).

⁴ El Imperio español se fue convirtiendo en una red de ciudades que dominó las áreas rurales; creó sus propios centros de poder, desarrollando sus peculiaridades y parcelando la visión homogénea soñada en Madrid. Las ciudades eran españolas en un sentido formal y legalista. Pero ninguna ciudad podía ser considerada legítima si no la precedía la ley. La ciudad tenía que ser imaginada, fijada en la ley antes de ser fijada en los hechos. La ley de la ciudad produjo el hecho de la ciudad. Y enseguida, la ciudad procedió a irradiar

las cuales se continuará irradiando la cultura hispánica a una frontera en permanente expansión.

Aunque por esta época la crónica empezará a compartir espacios con otros géneros literarios que tímidamente irán colmando el universo de las letras americanas, seguirá siendo el género de escritura predominante, sobre todo por las perentorias exigencias de la Corona de ser informada de manera pormenorizada de las campañas de sus súbditos en Indias. Esta incorporación de la crónica a los dispositivos de poder del Imperio en construcción le dará un tono muy cercano al utilitarismo, por el que, amén de las elaboradas figuras literarias y la estilización del lenguaje, se seguirá haciendo fiel escrutinio, con un carácter casi notarial, de la geografía, la fauna, la flora, y sobre todo del número y la condición de los naturales.

Vale la pena tener en cuenta algunos antecedentes históricos que nos permitirán situar a fray Jacinto de Carvajal, ya que estos determinarán las condiciones de posibilidad de *Jornadas Náuticas* sobre las cuales discurre la crónica del fraile dominico. Desde el punto de vista misional, se establecieron en Barinas hacia 1599 los dominicos fray Cristóbal Suárez y fray Cristóbal Ávila. Su permanencia en esta región se prolongó hasta 1614, cuando salieron expulsados, luego de una violenta sublevación de los naturales (véase Báez, s.f.: 64-65). Al parecer, este primer intento de creación de una misión de la Orden de Predicadores no tuvo continuidad alguna, por lo menos hasta la llegada del propio fray Jacinto en 1644,⁵ ya curtido para entonces en la labor misionera y doctrinera, luego de servir “en la isla antillana de Santo Domingo de capellán de la armada española”, y de vivir cerca de “once años en los conventos dominicos de Mariquita y Riohacha” (Mesanza, s.f.: 258). Además, como deja entrever en varios apartes de su relato, cuando se enroló como capellán de campo en la expedición comandada por Miguel de Ochogavía en 1647, Carvajal tenía un conocimiento del entorno, fruto de esos años previos en la zona, el cual se manifiesta, por ejemplo, en el episodio de sus criados e intérpretes, quienes resultaron ser parientes del cacique de una de las tribus ribereñas.

desde su centro el poder español, subyugando a la población indígena” (véase Fuentes, 2008: 211).

⁵ Misionalmente, la presencia de fray Jacinto tampoco tuvo ninguna prolongación, pues solamente hasta comienzos del siglo XVIII la Orden de Predicadores estableció con toda formalidad una misión en el lugar, llegando a tener bajo su custodia hasta 19 pueblos en Barinas y Pedraza. Por Real Orden, los hijos de santo Domingo fueron obligados a traspasar esta misión a manos de los Capuchinos a comienzos de la centuria siguiente (véase Medina, 1995: 58).

Respecto a la situación administrativa, la región ocupaba una posición más bien marginal dentro del Nuevo Reino de Granada. Un grupo de poblaciones, sus vecinos y pobladores, desde comienzos del siglo XVII, expresaba su descontento, debido al deseo manifestado por ascender a la condición de provincia o gobernación. Entre ellas podemos mencionar: Mérida, Pedraza, Espíritu Santo, San Cristóbal y Barinas (entonces llamada Altamira de Cáceres), las cuales se agrupaban en el corregimiento de La Grita. En un manifiesto dirigido al Rey en 1611 piden al soberano que sea escuchada su solicitud, para que sus causas y procesos fueran diligenciados en su propio territorio y no en Santafé, ciudad distante de Mérida “más de 150 leguas [...] de caminos ásperos, de muchos páramos y ríos caudalosos, desacomodados de poderse hacer puentes en ellos, a cuya causa los que hacen aquel viaje pasan gran trabajo” (Archivo General de Indias,⁶ Santa Fe, 67: f.1).

Sin gobernador que los repartiera, muchos de los indios permanecían “vacos”, pues para su asignación los aspirantes a encomiendas, en calidad de hijos y nietos de conquistadores, debían presentarse ante el presidente de la Audiencia de Santafé y asumir, por tanto, “la distancia del camino [y sus] trabajos, riesgos y costos”. Peor aún, en aquella “demarcación y distrito [había] muchas provincias de indios rebelados”, quienes, “viendo que no hay quien les haga resistencia, se entran en algunas de las que están de paz y las destruyen, hiriendo, matando, robando sus haciendas y quemando sus casas” (AGI, Santa Fe, 67: f 1v).

Otros de los naturales estaban “enteramente por conquistar”, los cuales, a juicio de los firmantes, podrían ser “reducidos y doctrinados en las cosas de nuestra santa fe cathólica [sic] que es el fin principal a que se debe atender, y la tierra que ocupan es tan extendida y acomodada que se podrán poblar en ella algunos pueblos de españoles” (AGI, Santa Fe, 67: f, 1v). Además de la promesa del contingente de indios y tierras por repartir, aquel distrito ofrecía otras condiciones obsequiosas con cuya enumeración quisieron ganar el real favor a su pedido. Por ejemplo, “que en diferentes partes [había] descubiertas, muchas minas de oro, plata, cobre, esmeraldas, granates y otras piedras preciosas” (AGI, Santa Fe, 67: f. 2), que de ser beneficiadas “se seguiría mucho aumento de la Real hacienda”. También “cantidad de toros y vacas sin hierro ni género de serial entre los dos ríos de Apure y Carare [sic]” (AGI, Santa Fe, 67: f. 5).

⁶ En adelante AGI.

En 1622, la zona consiguió la dignidad jurisdiccional solicitada, teniendo a Mérida como ciudad principal. Aunque la creación de la provincia no disminuyó las estrecheces y pobreza de los españoles y criollos residentes en ella, sí cambió las condiciones para el reparto de la tierra al librarse de la dependencia de Santafé. En lo sucesivo se promovería una mayor penetración hacia los llanos de Barinas, ciudad que incluso cambió su emplazamiento en 1628 de un pequeño valle cordillerano próximo al nacimiento del río Santo Domingo al piedemonte, en el territorio conocido como la mesa de Moromoy.⁷ Rebautizada como Nueva Trujillo de Barinas, la ciudad se convirtió en paso obligado del “desfile de personas que bajaban de Mérida con sus cuadrillas de negros para establecer haciendas en los llanos” (Tosta, 1986: 99).⁸ Los ganados mostrencos que pululaban por las llanuras, unidos a nuevas importaciones de reses y cerdos, se convirtieron en el germen de varios hatos y estancias. A ello se sumó la extendida práctica del cultivo de tabaco, por mucho tiempo principal renglón de la economía local.

Sin embargo, la producción agropecuaria que se fue consolidando difícilmente rendía frutos para los comarcanos, especialmente por lo oneroso que resultaba su transporte vía Mérida hasta los puertos en el lago de Maracaibo.⁹ Durante la visita del gobernador Francisco Martínez de Espinosa en 1644, quien desde luego tuvo que recorrer las sierras que separaban Barinas de la capital de la provincia, una de sus primeras apreciaciones fue sobre la infinidad de acémilas que se encontraban despeñadas con su carga a cuestras en el fondo de los barrancos y desfiladeros. Durante su estancia, Martínez fue informado por un grupo de indios guamonteyes, residentes en las riberas del Apure, de que sus márgenes y fértiles vegas estaban habitadas por numerosas tribus de

⁷ Entre los beneficiarios de las nuevas mercedes de tierras figura doña María de las Nieves Hernández, viuda del capitán Miguel de Ochogavía y madre del futuro capitán del mismo nombre, a quien acompañaría fray Jacinto en su expedición por el Apure. Además de un hato de vacas que ya poseía previamente, le asignaron seis estancias de ganado mayor y cuatro cuadras alledañas a la nueva ciudad (véase Tosta, 1986: 100).

⁸ Por orden del virrey José Solís y Folch de Cardona, la ciudad tendría otro traslado en 1758 a su ubicación actual, en la ribera del río Santo Domingo. Esta segunda mudanza se debió a que los barinenses, queriendo estar más cerca de sus hatos y caneyes, establecidos cada vez más adentro en la llanura, paulatinamente fueron abandonando la mesa de Moromoy, pasando la población de 1500 habitantes a solo 30 (véase Tosta, 1986: 287 y ss).

⁹ Esto a pesar de que el tabaco barinés, que se comerciaba en las Antillas, Canarias y Sevilla, reportaba ganancias significativas a la Corona.

“infieles” y ganados “alzados”, y que este río se unía con otro más caudaloso [el Orinoco] que conducía hasta Guayana. Asimismo, supo que el barinés Miguel de Ochogavia, por entonces proscrito de la ciudad por un período de seis años por orden del Gobernador anterior, había efectuado a su costa una expedición por el Apure y el Sarare en 1636, la cual rindió más de 500 indios encomendados. Estos indicios y antecedentes llevaron al Gobernador a acariciar la idea de buscar por esa vía una ruta más favorable para la saca tabacalera (véase Tosta, 1986: 123-124).

Debe decirse finalmente que el capitán Miguel de Ochogavia, si bien perteneciente a un linaje que desde la fundación de Barinas estuvo ligado a su administración y gobierno, formaba parte de un grupo minoritario o de segunda categoría en la repartición del poder dentro de la Provincia de Mérida.¹⁰ Ochogavia probablemente tenía plena conciencia de los beneficios económicos, territoriales y sociales de capitular con la Corona el dominio sobre el Apure, región de la que conocía todo su potencial por esas “entradas” previas. Apartándose del disputado dominio de las tierras tabacaleras, su interés se orientó a los ganados salvajes y a los tributos indígenas, sin dejar, desde luego, de beneficiarse de la exportación del tabaco, cobrando peajes y pases sobre todas las mercaderías y productos que salieran o entraran por el Apure. Tal como lo señala Miguel Acosta Saignes, “el relato de la expedición hasta Nueva Cantabria tuvo en realidad como objetivo primordial mostrar los esfuerzos de los expedicionarios y no el relato de experiencias nuevas para ellos” (citado por Ruiz, 2000: 145). A diferencia de los primeros exploradores del Orinoco o de otros grandes ríos, quienes sin referentes propios o ajenos se lanzaban a tierras desconocidas tras la promesa de grandes tesoros, el descubrimiento de Ochogavia y sus acompañantes fue “más una empresa comercial bien calculada que una aventura” (Ruiz, 2000: 145). En otras palabras, para ese momento “las riquezas míticas se habían revelado o esfumado, y las cabalgadas que se sucedían unas a otras no proporcionaban ya el botín de

¹⁰ “La búsqueda de vías fluviales para la exploración del territorio muestra cierta “naturaleza anfibia de los descubrimientos y de las conquistas en el Nuevo Mundo (...) Aún en el continente, la presencia de ríos como el Mississippi, el Orinoco, el Magdalena, el Pánuco, el Panamá, etc., exigió que los conquistadores fueran navegantes, so pena de perecer. La improvisación de un pequeño taller naval a fin de reemplazar las naves que la tempestad había echado a pique, era una operación normal para estos hombres avezados a las pruebas del mar e iniciados en las artesanías esenciales: la carpintería y la armería” (Lafaye, 1999: 42).

los primeros tiempos: se entraba en la fase de la explotación colonial propiamente dicha” (Lafaye, 1999: 72).

Los acontecimientos acaecidos en el siglo XVII, en el marco de esas exploraciones, dan cuenta de los procesos históricos que tuvieron lugar en las inmediaciones de la región de Barinas. El religioso dominico pone de presente en su relato las diferentes formas de apaciguamiento, y los enfrentamientos a los que se vieron sometidos los conquistadores para instaurar un gobierno que, a la vez que imponía nuevas formas administrativas y políticas, procuraba un acercamiento respetuoso frente a las comunidades indígenas. La labor misionera llevada a cabo por los frailes de la Orden de Santo Domingo estaba orientada a procurar nuevas formas de organización cultural y a la instauración de costumbres que abarcaban desde las prácticas religiosas de los nativos hasta sus diversas formas lingüísticas de comunicación. En este orden de ideas, *Jornadas Náuticas* de fray Jacinto constituye un documento de inigualable valor, ya que en él se consigna con lujo de detalles la aventura de exploración del río Apure. El fraile no solo se preocupa por narrar el periplo náutico por el río, sino que, en forma paralela, va realizando un levantamiento de la flora y de la fauna existente en la región.

Ahora bien, a mediados del siglo XVI y durante el transcurso del XVII, la literatura de viajes surgió con un auge inusitado. Los primeros cronistas llegados al Nuevo Mundo sintieron una fascinación especial por relatar la imagen nada convencional que se ofrecía ante sus ojos. Deslumbrados por los acontecimientos, su escritura fluctuaba entre lo verdadero y lo imaginario. Realidad y fantasía se amalgamaban así en un estilo de carácter imaginativo que, como podemos constatar, supera con creces el valor testimonial que se le otorga a un texto historiográfico. No sin razón, las Crónicas de Indias han sido consideradas como antecesoras del llamado “realismo mágico” (Hernández, 2008; Sáinz, 1977) e, incluso, se les ha llegado a calificar como la primera línea genealógica o la génesis de la “creación literaria” en Latinoamérica (Pupo-Walker, 1982; Rodríguez, 2013; Fuentes, 2011; Hernández, 2008; Pastor, 2008). En las crónicas se ha reconocido “procedimientos de «ficcionalización», o herramientas de construcción del relato vinculadas a la novela” (Añón y Battcock, 2013: 156).

De ahí que, una vez establecido en sus líneas generales el contexto de producción de *Jornadas Náuticas*, podamos entrar a considerar la configuración del texto mismo, aprovechando, para ello, las nociones de cronotopía y polifonía elaboradas por el filólogo ruso Mijail Bajtin. En

principio, estas dos categorías fueron introducidas para observar el funcionamiento propio de un texto literario; sin embargo, puesto que las crónicas en su ruta no solo incluyen aspectos históricos y/o testimoniales, sino que se muestran como un texto con características que lindan con la literatura. Como bien lo ha señalado el argentino Enrique Pupo Walker, en ellas es posible descubrir “estadios elementales de interpretación cultural y de la actividad literaria; además en ellas están inscritas formas primigenias del pensamiento americano que el inventario a secas nunca elucidará” (1982: 17).

2. LA CRONOTOPÍA EN *JORNADAS NÁUTICAS*

La noción de ‘cronotopo’ (literalmente: tiempo-espacio) fue definida por Bajtin de la siguiente manera: “A la inter-vinculación esencial de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura, la llamaremos cronotopo” (1986a: 269). Este elemento fue considerado por el crítico literario como la columna vertebral de cualquier narración, y le permitió diferenciar diversos géneros narrativos a partir de esa interrelación espacio temporal.

Aunque no nos detendremos a especificar los diversos géneros de cronotopía elaborados por el filólogo ruso, nos apoyaremos en sus valiosas consideraciones al respecto para analizar el texto del fraile dominico y descubrir en él interesantes conexiones que nos permitan apreciar mejor la textura de su narrativa. La cercana relación entre el espacio y el tiempo le da a los personajes una dinámica de constante cambio que refleja la permanencia o aceleración de los acontecimientos. Así, mientras que la fijeza de lo espacial se dinamiza con el correr del tiempo, la fugacidad de lo temporal adquiere consistencia y fijeza gracias a lo extensional.

Si bien es cierto que el cronotopo fue elaborado por Bajtin para ser aplicado en primer término a las diversas formas de narración novelada, puede muy bien servir para analizar los textos de los diferentes cronistas de la época colonial, ya que, al tratarse de textos con cierta intención narrativa, comparten con el género novelístico la inter-vinculación de lo espacial y lo temporal como elemento esencial en el proceso de la escritura. Y esta observación puede aplicarse aún con mayor razón al caso que nos compete, dado que *Jornadas Náuticas* fue escrita no solamente con un propósito histórico, sino que comporta una clara intención literaria.

En efecto, si bien es cierto que el autor señala con humildad (real o afectada) que su escrito no es más que “un tratadillo de nuestro viaje en

desazonada prosa como humilde, por no ser capaz de ostentar altivo mi extremeño lenguaje” (De Carvajal, 1985: 52), *Jornadas* exhibe sin embargo dos características propias de un texto literario que vale la pena señalar. La primera de ellas es su claro propósito de resaltar la figura del “Señor Gobernador y Capitán General don Francisco Martínez de Espinosa”, a quien se las dedica “su aficionado capellán y humilde siervo en el Señor” (De Carvajal, 1985: 39); dedicatoria que repite, con su ampuloso estilo, al finalizar la primera parte de su escrito y prometer una segunda:

que desde luego ofrezco y ambas dedico y consagro al señor gobernador y capitán general don Francisco Martínez de Espinosa, que lo es de la muy noble y leal ciudad de Mérida y de las demás ciudades y provincias de su gobierno, para que a la sombra de su muy calificada nobleza y valor hallen el lucimiento, favor y amparo que piden mis deseos de servirle como he pretendido en el descubrimiento de mi primera parte, que es la presente (De Carvajal, 1985: 248).

La segunda característica, propia de un texto literario, es la forma de su escritura, de rasgos claramente barrocos y con un estilo que bien podría calificarse de “churrigueresco”, por la abundancia de su ornamentación y lo enrevesado de su hipérbaton. Muy al estilo de la época, el escrito comienza, además, con una Décima y un Soneto al Señor Gobernador, así como un pretendido Soneto del capitán Ochogavia, de dudosa inspiración, seguido de una ampulosa Dedicatoria, que termina con una Décima del autor al capitán Ochogavia y un Soneto del sargento Alonso de Padilla al autor, entre otras piezas “poéticas”. Este último, sobre todo, plagado de referencias mitológicas que buscan, infructuosamente, emular el más puro gongorismo.

Jornadas Náuticas posee otras características literarias que comparte con muchas crónicas y que vale la pena comentar. A parte de que se ha reconocido cierta intencionalidad ficcional en las crónicas de Indias, se las ha puesto a dialogar con otros textos como “la picaresca, la novela pastoril o sentimental, la épica, los libros de caballerías: tipos textuales con los que estas crónicas conviven porque les son contemporáneos” (Añón y Battcock, 2013: 156). Esta misma tendencia la podemos apreciar en el estilo de escritura de *Jornadas Náuticas*, dado que lo barroco estaba muy presente en el ambiente intelectual y artístico de su época.

Muchas crónicas quisieron presentarse como un simple testimonio (testigo ocular de los hechos, es decir, quien muestra la “verdad” y lo “real”) de los acontecimientos, esto es, un simple informe de lo visto. Incluso, además de ser vistas en su propia época como historias verdaderas, sirvieron para la confección de las historias oficiales de ultramar. No obstante, los cronistas tenían intenciones muy específicas, incluso intenciones personales, que usaban junto a referentes culturales (mitología, religión, estilos literarios, etc.) para escribir sus historias y aventuras.

Como lo afirma Hayden White, los anales y la representación histórica de las crónicas no son historias imperfectas o un discurso histórico fallido que se consuma hasta la historia moderna, sino “productos particulares de posibles concepciones de la realidad histórica, concepciones que constituyen alternativas” (1992a: 21)¹¹. A partir de la distinción entre anales, crónicas e historia propiamente dicha (distinción de la historiografía moderna), White considera que la crónica, pese a que intenta desarrollar una narrativa y constituye una forma superior de “representación histórica” a diferencia del cronologismo de los anales, no logra un cierre a toda la cadena de hechos que está contando; tiene un final, pero no una conclusión: “empieza a contarla pero se quiebra *in medias res*, en el propio presente del autor de la crónica; deja las cosas sin resolver” (1992a: 21). El grado de narratividad del discurso histórico es lo que hace que la historia sea más objetiva y realista, aquella que sí consigue una conclusión: “La exigencia de cierre en el relato histórico es una demanda de significación moral, una demanda de valorar las secuencias de acontecimientos reales en cuanto a su significación como elementos de un drama moral (1992a: 35).

Como lo expresa White, es la obra histórica del siglo XIX, la época clásica de este tipo de narrativa histórica, la que busca una forma moral en los hechos narrados (1992a: 35-36). En efecto, el trabajo histórico está configurado a partir de una narratividad que no consiste en una simple exposición de los acontecimientos, puesto que puede ser considerado

¹¹ Según la distinción que hace White entre anales, crónicas e historia propiamente narrativa, considera que la crónica, pese a que intentan desarrollar una narrativa y constituye una forma superior de “representación histórica” a diferencia del cronologismo de los anales, no logra un cierre a toda la cadena de hechos que está contando; tiene un final, pero no una conclusión: “empieza a contarla pero se quiebra *in medias res*, en el propio presente del autor de la crónica; deja las cosas sin resolver o, más bien, las deja sin resolver de forma similar a la historia” (1992: 21).

como “una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa” (White, 1992b: 9). En los relatos históricos se presentan una serie de datos que son contados a partir de una estructura narrativa: “un estilo historiográfico representa una *combinación* particular de modos de tramar” (es decir, el tipo de relato: romántico, trágico, cómico o satírico); “de argumentación” (esto es, argumento formal: formista, mecanicista, organicista y contextualista); “y de implicación ideológica” (que consiste en el elemento ético: anarquista, radical, conservador o liberal) (White, 1992b: 38).

La articulación de estos elementos hace parte de la elección del historiador que, asimismo, se forja un estilo a partir de su uso. Añadido a esto, existe una estructura profunda propia de la conciencia histórica que es esencialmente poética y que prefigura el campo histórico. Antes de que el historiador convierta los acontecimientos en relato, realiza una prefiguración a partir de cuatro figuras: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía:

Son especialmente útiles para comprender las operaciones por las cuales los contenidos de experiencia que se resisten a la descripción en prosa clara y racional pueden ser captados en forma prefigurativa y preparados para la aprehensión consciente (White, 1992b: 43).

De esta manera, las narrativas históricas son “ficciones verbales cuyo contenido es tanto *inventado* como *descubierto*, y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en la literatura de lo que tienen con las ciencias” (White, 2002: 192). El historiador se encarga de dar un orden específico a los acontecimientos para incorporarlos en un relato, según sea su intencionalidad. Puede suprimir acontecimientos, dar relevancia a otros, hablar desde ciertos puntos de vista, utilizar ciertos tonos, etc., ubicando un hecho, que esencialmente no es ni bueno ni malo, en una trama que puede ser trágica, cómica, etc.: “el punto importante es que la mayoría de las secuencias históricas pueden ser tramadas de formas diferentes, a fin de proporcionar diferentes interpretaciones de tales acontecimientos y dotarlos de un significado diferente”¹² (White, 2002: 194-195). El historiador elige qué tipo de trama utiliza para organizar una serie de acontecimientos.

¹² Las dos citas que extrajimos de White, 2002 están traducidas por nosotros.

Si bien las crónicas de Indias no pueden compararse completamente con la historiografía posterior a ellas, sí debe tenerse en cuenta que poseen un cierto grado de narratividad. Aunque las crónicas no tienen una narratividad igual ni a los textos históricos, ni a la literatura como tal, sí es posible reconocer algunos mecanismos de ficcionalización en los cuales se ve inmersa la imaginación del cronista. Su escritura, que intenta narrar un orden cronológico de los eventos “reales”, termina haciendo relatos cargados de interpretaciones personales y culturales y valoraciones morales. Por ello creemos, alejándonos de Hayden White en cuanto a su concepción de crónica, que podemos observar en diversas crónicas de Indias (un grupo muy heterogéneo de textos¹³) procesos de narración más allá de una neutral exposición cronológica.

Tomando en consideración las teorías historiográficas medievales y renacentistas que condicionaron la escritura y autorizaban la materia imaginativa como complemento de la narración de eventos, y en el contexto actual de cuestionamiento de la representación histórica que está realizando la meta-historia, se está llevando a cabo una reevaluación de la ficción en la crónica, poniendo de relieve su carácter central y no por esto menos histórico (Poupeney, 1991: 510).

Catherine Poupeney afirma que, en particular, hay ciertos aspectos estudiados sobre ficcionalización en la crónica tales como la ficcionalización del hablante, el destinatario, el espacio, “dramatización del diálogo” y “juegos con la temporalidad” (1991, p. 510). En este sentido, la linealidad y neutralidad de una crónica quedarían en duda, tal como lo refleja Poupeney hablando de la crónica de Francisco Vázquez *Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*:

Se aleja el cronista del informe puntual y transparente que es su propósito declarado. Son otras voces, pues, las que se expresan por los diferentes medios rápidamente evocados, otros niveles de realidad los que se manifiestan, y en este sentido se puede decir que la crónica de Indias, cuyo surgimiento fue, por otra parte, contemporáneo del de la novela moderna, manifiesta potencialidades que se verán plenamente desarrolladas en la narrativa hispanoamericana actual (Poupeney, 1991: 512).

¹³ Textos que, a pesar de ser muy variados, comparten “rasgos estructurales comunes tales como el pacto referencial (o contrato de información), el eje cronología/topología, y la dimensión ilocutoria del lenguaje - su carácter de escritura para la acción” (Poupeney, 1991: 505).

En efecto, desde el punto de vista de este enfoque teórico sobre las crónicas de Indias, pueden notarse algunos acercamientos con la historiografía del siglo XIX, si contamos con que la crónica también expone ciertos procesos de narración y ficcionalización de los acontecimientos. Nos es posible comparar parcialmente el *modus operandi* de la forma narrativa de confeccionar los textos históricos con las crónicas de Indias, puesto que estas narraciones se convierten en espacios donde el cronista escribe basado en sus intenciones, su ideología, su estilo favorito, etc. Podría decirse que el autor construye su texto teniendo en cuenta un lector específico¹⁴, a quien complace con la narración y a quien alimenta con figuras, aventuras e historias que pueden exagerarse o manipularse y que pueden contener drama, ironía o comedia; un lector a quien intenta convencer de una historia “real”.

No podemos considerar a las crónicas de Indias como textos netamente históricos o informativos que solo proporcionaron una cronología de los acontecimientos. Si bien es cierto que son muy usados en historiografía colonial, es posible ver en ellas características narrativas que podemos analizar desde algunas categorías provenientes de la literatura. Por ello, *Jornadas Náuticas*, que al parecer pretendía ser un texto meramente informativo de un viaje, posee intenciones muy precisas, revela una buena parte de la ideología del autor (junto a opiniones e interpretaciones personales de los hechos), usa un género específico y personal de composición y en algunas ocasiones muestra situaciones dramáticas puestas en escena por elección del autor.

2. 1. El tiempo y el espacio: una constante en *Jornadas Náuticas*

Las *Jornadas Náuticas*, escritas en 1647, se inscriben en lo que ha sido llamado por Miguel Acosta Saignes el “Ciclo del Orinoco”, al que pertenecen obras como *La historia de las Misiones de los Llanos del Casanare y los ríos Orinoco y Meta* del Padre Juan Rivero, *El Orinoco ilustrado y defendido* del Padre José Gumilla, *La historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada* del Padre José Cassani, entre otras (véase Medina, 1992: XCII). *Jornadas* describe el recorrido que va desde la actual ciudad de Barinas hasta la desembocadura

¹⁴ Que en el caso de las *Jornadas Náuticas* se trata de un lector americano en vez de uno propiamente español (Navarcués, 2013).

del río Apure en el caudaloso Orinoco, sitio denominado Nueva Cantabria (hoy Cabruta, Estado Guárico) (véase Méndes, 2014). En varias oportunidades, el texto se refiere a una segunda parte, en la que el Fraile narraría el viaje de regreso, aunque la misma, o bien se ha perdido, o bien nunca fue escrita, dada la avanzada edad del autor, quien contaba para entonces más de 80 años (véase Alcina, 1985: 9).

Esta crónica, como muchas otras que se escribieron en los siglos XVI y XVII, llama la atención por el minucioso detalle en la descripción de la naturaleza, la variedad del paisaje y la diversidad tipológica de los pobladores de la región. Un punto definitivo en la empresa de la Conquista de América lo constituye el cumplimiento estricto que dieron los cronistas a la solicitud del Monarca de mostrar todo aquello que percibían y veían, de tal forma que el Rey, en su utopía lejana, se hiciera una clara idea de lo que ocultaban estas tierras que ya la conquista había hecho suyas. La crónica del dominico, vista desde un horizonte comprensivo, nos traslada a un universo de conocimientos que, ya antes de emprender su lectura, nos inquieta cuestionándonos acerca de los hallazgos que se esconden en sus pliegues. Una vez con el texto bajo nuestra mirada, comprendemos que hay un universo rico en paisajes y personajes, así como enmarcado por diversas temporalidades, que permiten ver, analizar y palpar el certificado de existencia de la vida humana en el bullir de sus acciones, hechos y manifestaciones.

2. 1. 1. El tiempo

La crónica de fray Jacinto de Carvajal nos instala de una vez por todas en un universo acuático, en el que la aventura tendrá lugar en varias jornadas. El viaje a través del río, viaje fluvial, se inicia, como toda gran aventura, con unos preparativos que, en este caso, convocan a los expedicionarios en el Hato de don Nicolás Manrique, cercano al río Santo Domingo. Fray Jacinto, haciendo gala de sus dotes de cronista, se detiene en detalles sobre la diversidad de asuntos que se deben tener en cuenta para que la crónica recoja puntualmente todo aquello que se debe saber, tanto para el desarrollo de lo presente, como para el registro consignado para la posteridad.

Ya el hecho de titularlas *Jornadas* nos sitúa en un horizonte de temporalidad, marcado por dos formas diferentes de determinación. Por una parte, la determinación cronológica del día y la noche, que se refiere a un viaje regular de un día. Por otra parte, el texto hace repetidas referencias

al calendario litúrgico, de carácter lunar, y a las diversas fiestas del santoral, lo que configura una determinación religiosa del mismo tiempo. De modo que si la actividad realizada por los navegantes se inicia temprano en la mañana y termina entrada la noche, cuando llegan al lugar donde han decidido acampar, el cronista, como buen religioso dominico, no deja de consignar una y otra vez las referencias religiosas del calendario litúrgico.

Vemos así cómo, luego de la detallada descripción de los preparativos, que ocupa las primeras ocho jornadas, se da inicio a la expedición “a veinte días del mes [febrero] y dicho año [1647], y a noche y día de Santa Olalla,¹⁵ virgen y mártir” (De Carvajal, 1985: 100), con la llegada de las “canoas” precedidas por “repetidas y alegres salvas de una y otra parte” (De Carvajal, 1985: 101). Más adelante, en la jornada duodécima, se hace expresa referencia al miércoles de ceniza:

Yo me acosté con el [cuidado] de confesar algunos que me habían prevenido para recibir al Señor el día santo de ceniza, que lo era el presente ya y seis de marzo, y ejercido mi oficio yo, y los confesados sus deseos, se llegó la hora de decir misa, si bien antes se celebró de parte mía aquel recuerdo vivo que nos hace la Iglesia santa y madre nuestra, para que vengamos en conocimiento verdadero de lo que somos y en lo que habemos [sic] de parar, dándonos con la ceniza por los ojos y diciéndonos a cada uno *per se* aquel *pulvis est in pulverem reverteris*¹⁶ (De Carvajal, 1986: 118).

En la jornada décimotercera se da inicio a la narración con las siguientes palabras, en las que se entrecruzan las dos determinaciones temporales, la cronológica y la religiosa: “Salimos de la isla de las Palomas el primer domingo de cuaresma y a diez días del que va corriendo, después de haber dicho Misa y pronosticándonos felices sucesos...” (De Carvajal, 1985: 122). Y este mismo entrecruzamiento lo encontramos en la jornada décimosexta, cuando el fraile señala: “Al alborada dulce que los pajecillos del alba y músicos suyos nos dieron con sus regalados gorjeos y músicas suaves, despertamos domingo segundo de cuaresma y diez y siete del que

¹⁵ Olalla, o también Olaya, es la forma antigua del nombre Eulalia. En este caso se refiere a Eulalia de Barcelona, martirizada a comienzos del siglo III cuando solamente tenía trece años de edad. La tradición hagiográfica refiere que por negarse a abandonar su fe cristiana le fue impuesto un tormento por cada año de vida (véase Ponsich y Camps, 1770).

¹⁶ “Polvo eres y en polvo te has de convertir”. Antigua fórmula con la cual se imponía la ceniza sobre la frente en la celebración del miércoles de ceniza.

corre...” (De Carvajal, 1985: 141). Igualmente, más adelante leemos: “El 7 de marzo de 1647. Jueves, día de Santo Tomás, después de haber navegado media legua río abajo dimos de improviso al doblar una punta con una muy prolongada ranchería de indios Cuácuaros” (De Carvajal, 1985: p. 119).

Estas apreciaciones de carácter religioso, y en este último caso referida a la fiesta de Santo Tomás durante la Cuaresma, época en que se realiza el viaje, tiene para el fraile una significación especial, que va unida a la confianza divina que le prodiga su fe católica. La experiencia y el sentido religioso con que los españoles llegaban al Nuevo Mundo estaban ligados íntimamente a su hondo espíritu cristiano y a la forma en que organizaban su vida y el acontecer cotidiano. Este se desarrollaba al ritmo de las celebraciones religiosas: Natividad, Cuaresma y Pascua, de tal forma que el tiempo adquiriría un sentido ligado íntimamente a la época del año, marcada en Europa por el ritmo de las estaciones. Al no existir estas de manera visible en la zona tropical del Nuevo Mundo, el fraile utiliza el calendario litúrgico y el santoral para marcar los hitos en el correr del tiempo. De esta manera, teniendo como trasfondo el imaginario europeo, el religioso busca describir los acontecimientos de la expedición.

Ahora bien, si la narración está marcada por la temporalidad en cuanto a su forma, esta misma se ve reflejada igualmente en los cuatro personajes principales que hacen parte de la narración. En primer lugar, el gobernador, a quien está dedicado el texto; viene luego el capitán Ochogavia, jefe de la expedición, y fray Jacinto como narrador; finalmente, las numerosas tribus que poblaban las riberas del Apure; y en cada uno de ellos, esa temporalidad se verá reflejada de manera diferente.

En el caso del gobernador Martínez de Espinosa, los cambios temporales se refieren a las ejecutorias de su cargo, como bien lo expresa el primer cuarteto del soneto en su honor, elaborado por el fraile: “Héroe ilustre y célebre Espinosa, / honra de España, si gloria de Castilla, / contemplo en vos la flor de maravilla, / fiel aroma fragante de la rosa” (De Carvajal, 1985: 37). Sin que la expedición haya significado una gran transformación de su *modus vivendi*, los resultados de la misma deberán repercutir en prestigio y reconocimiento a los ojos de la Corona española, dos aspectos que se reflejan en las intenciones personales que, a su vez, influyen en la composición de la misma crónica.

Por su parte, en el capitán Ochogavia la temporalidad habrá de significar un cambio radical en su forma de vida, gracias a las Capitulaciones, es decir, a los privilegios otorgados como recompensa por

haber comandado la expedición. Recibió por ello diversas “mercedes” que abarcan un gran número de beneficios económicos y políticos (De Carvajal, 1985: p. 84).

En la vida de fray Jacinto la expedición no implicó, en realidad, mayores cambios, más allá de haberlo convertido, para la posteridad, en uno de los cronistas pertenecientes a la Orden de Santo Domingo. Mientras que para los indígenas, si bien la expedición misma no tuvo consecuencias inmediatas, el proceso de evangelización y cristianización vendría posteriormente. Estos cambios se ven anunciados en las palabras finales de la narración, cuando el autor dedica nuevamente su escrito a Dios y al gobernador Martínez de Espinosa:

Quiera su bondad divina sea para gloria y honra suya, para dilatación de los crecidos reinos del superior monarca, nuestro rey y señor Felipe IV el grande, que guarde Dios, y servicio suyo, y para reducción a nuestra santa fe católica tanta inmensidad de indios *quorum non est numerus* (De Carvajal, 1985: 249).

De esta manera, mientras que al religioso dominico y al gobernador la expedición no les afectó de manera radical su forma de vida, otro es el caso con el capitán y los indígenas. En efecto, el primero de estos últimos, como hemos visto, sufre un cambio inmediato en cuanto a su posición social, su riqueza y su poder militar; mientras que los indígenas habrán de experimentar profundos cambios en un futuro.

2. 1. 2. El espacio

Tal como lo hemos expresado en párrafos anteriores, la temporalidad y la espacialidad en las Crónicas de Indias son dos categorías que se entrecruzan para configurar un cronotopo que le otorga un carácter propio a su tejido discursivo, de tal forma que proporciona al lector una mirada espacial de particular relevancia. *Jornadas* presenta así un objeto narrativo de carácter espacial, puesto que están formuladas acudiendo a la forma temporal, ya que se trata de hacer presente el curso del río, de navegarlo, de recorrer las islas y rancherías que el Apure atraviesa, su presencia está marcada por el tiempo concreto en que ellas se nos hacen presentes.

En palabras de Virginia Rioseco Perry,

El presente como “novedad”, el tiempo como hacedor continuo de “novedades”, el ritmo de los tiempos sacudido por una multitud de novedades; esta es la clave última que opera en la conciencia temporal de los hombres que son contemporáneos a la irrupción de América en la escena de la Historia [...] Para una humanidad que comenzaba a descubrir la embriaguez del presente y de lo nuevo, América marcó la gran novedad, porque aportó de golpe un “mundo de novedades”: nuevos espacios y gentes, nuevas criaturas y lenguas, nuevas riquezas y poderes (Rioseco, 2008: 30).

Las “novedades”, a las que alude repetidamente la escritora, hacen referencia a la multiplicidad de espacios que se abrieron ante la mirada atónita de los conquistadores. En la narración de fray Jacinto podemos ver cómo se esfuerza por transmitirle al lector la inolvidable experiencia¹⁷ de una naturaleza¹⁸ desbordante de fertilidad y colorido. Así, en la jornada vigésima, el texto se explaya en la enumeración de las diversas islas, a las que otorga nombres de carácter religioso (san Romualdo Abad, san Salvador, la Trinidad, el Espíritu santo) y, en su peculiar estilo, nos describe de la siguiente manera la última de ellas:

¹⁷ La gran belleza de la naturaleza que encuentra fray Jacinto de Carvajal se relaciona con la forma como escribe el texto. Según Navascués, la retórica tan barroca, propia de la educación del fraile, no solo se muestra en sus reflexiones, sino en las observaciones de la naturaleza, en especial de los animales. En la crónica se muestra “la visión de los animales del Apure presentados mediante un estilo sublime, sobre todo cuando su aparición está relacionada con algún tipo de *exaltatio*” (Navascués, 2013: 68); tal alabanza de la bella y variada naturaleza “se centra ante todo entre las aves, acaso porque el autor muestra una especial afición por estos animales”. La naturaleza también “se europeiza no sólo por la esporádica filtración de ninfas y tritones, sino por la extracción de imágenes y comparaciones sacadas del arsenal mitológico grecolatino” (Navascués, 2013: 70). Hay que añadir que “la observación del mundo natural se hermosea de tal forma porque al autor le interesa cumplir con la intención clásica de todo discurso retórico que no es otro que la persuasión del receptor” (Navascués, 2013: 70).

¹⁸ Francisco Ortega estudió el aspecto etnobotánico que se aprecia en la crónica del dominico. Ortega extrajo la información etnobotánica de la crónica de fray Jacinto, la cual clasificó y amplió con información científica contemporánea; agregó información relacionada a la ecología y a la etnobotánica, como, por ejemplo, usos medicinales, formas de uso, hábitat, etc. Para ello, el autor utilizó, primero, una amplia revisión bibliográfica y, segundo, con el extenso trabajo de campo corroboró y actualizó “la información taxonómica y etnobotánica *in situ* y *ex situ*” (1994-1996: 23). Ortega asevera que el 80% de las especies vegetales expuestas en la crónica pudieron ser identificadas, “ello a pesar de la casi total desaparición de las culturas indígenas citadas en la obra, la inexistencia de muchos topónimos antiguos y la total intervención de la vegetación natural ribereña en los ríos Santo Domingo y Apure” (1994-1996: 60).

En esta isla saltamos en tierra, a cuyo margen se avecindaba una muy peinada barranca [...] Señoreando la eminencia suya, se contemplaron en los Elíseos Campos, si ya no en la tierra de promisión, por la lindeza y hermosura que insinuaba una empinada mesa o tablón de sabana, con sazoadísimo herbaje para todos los ganados, y ella de suyo floridísima y muy airosa; muy abundante de caza por extremo, así de venados, conejos y perdices que, aunque no son como las de nuestra dulce España, les parecen mucho en sus blancas y crecidas pechugas: en los árboles que le daban lucimiento grande, había abundancia mucha de miel de abejas (De Carvajal, 1985: 174).

Y un poco más adelante la narración se detiene para describirnos, con no poco barroquismo,

una muy prolongada como espaciosa laguna, a quien hacían repetidos cuerpos de guarda ejércitos de pájaros diferentes que, como libaban el sustento suyo en los peces de ella, la circundaban vigilantes, cuyas corpulencias de unos y matizadas plumas de otros admiraban y regalaban por junto la vista de todos: llevaban la gala entre estos unos cuyas cabezas y caudas tenían guarnecidas con unas fajas negras, y en los cuellos un listón encarnado de sus plumas que les servían de gargantillas primorosas, como de muy vistosos ahogaderos, y los restantes de sus cuerpos embutidos en armiños, como en copos de nieve los de las garzas gentiles, bizarreándose con los mazos de sus garzotas y vistosos airones; a estas acompañaban otras aves en tan crecido número, que reducían a una muy vistosa como regalada primavera los tornasolados lunares de sus plumas: no lucían poco entre las dichas, bandadas de reales patos y otras aves que por comestibles las celebraron todos con aplausos repetidos (De Carvajal, 1985: 174-175).

Ya antes, en la jornada décimoquinta, había presentado una cuidadosa enumeración de “diversidad de pájaros, y de tan varios matices y colores vestidos, que juntos representaban no una sino muchas primaveras y jardines diversos” (De Carvajal, 1985: 134). El texto menciona ruiseñores, turpiales, calandrias o centones, cochass o tordos, bababuyes y abubillas, y describe varios más para los que no tiene nombre, pero cuyos colores llaman la atención del fraile. Y continúa luego con cerca de veinte especies diferentes, que, como reza el texto, “se explayan por las márgenes e islas del celebrado Apure” (De Carvajal, 1985: 134).

El religioso es prolífico en sus descripciones, y busca detallar al máximo la diversidad de elementos que ofrece la naturaleza, así como la

multiplicidad de tribus que poblaban las riberas del río. En la jornada vigésimo segunda encontramos una lista de 105 “naciones” diferentes, aunque, como lo ha hecho notar Miguel Acosta Saignes, dicha enumeración debe ser tomada con precauciones, ya que incluye tribus que no pertenecían a la región descrita, y algunas denominaciones no son claramente determinables (véase De Carvajal, 1965: 216 [nota 40]).

Cabe resaltar aquí la repetida insistencia del narrador en la variada multiplicidad de gorjeos que despertaban a los expedicionarios, y que él busca describir de muy diversas maneras: “dulces contrapuntos y continuados gorjeos de sus parlerasavecillas” (De Carvajal, 1985: 113); “llegóse el alba [...] acompañada de su continua guarda, que siéndolo pajarillos chirriadores, era fuerza el ahuyentarles a todos el sueño” (De Carvajal, 1985: 118); “hasta que el alba y sus músicos, estos con sus dulces gorjeos como ella con sus plateadas trenzas, sirviendo de amorosos rebenques, apresuraron nuestra prisa al dejar las camas” (De Carvajal, 1985: 123).

El espacio y el tiempo son determinantes en la relación con las voces del relato, puesto que nos muestran características importantes de la forma de vida de los personajes. Por un lado, los españoles contaban con una organización espacial que se puede establecer desde su vida en las embarcaciones, hasta su arribo a tierra. Los tripulantes de las embarcaciones, que incluyen españoles e indios cristianizados, viven día a día la organización espacial y temporal en las celebraciones cristianas, la forma de comer, dormir, celebrar, etc. Por otro lado, los indígenas, tanto aquellos que se encontraron con los españoles como los que no lo hicieron, tenían una organización espacial que quedó en buena parte consignada por los datos etnográficos rescatados en la crónica del dominico. Podemos ver, por ejemplo, cómo y dónde realizaban sus celebraciones a deidades consideradas paganas para los españoles. Su casa y su tierra, es decir, la naturaleza propia de la región también puede entrar a hacer parte de las características de la forma de vida de los nativos.

3. LA POLIFONÍA EN *JORNADAS NÁUTICAS*

Si la noción de cronotopo nos ha permitido resaltar algunos aspectos de especial interés en el texto *Jornadas Náuticas*, otro tanto cabe decir de la noción de polifonía que Bajtin utiliza sobre todo para el análisis de la poética narrativa del escritor ruso Fiódor Dostoievsky, al señalar en sus novelas “la pluralidad de voces y consciencias independientes e

inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas” (1986b: 16). Es importante mencionar, sin embargo, que la utilización de este concepto se hará de manera amplia y flexible, teniendo en cuenta las características comunes que comparte el género narrativo de la crónica con la novela en lo que respecta a los cruces de sentido y a la pluralidad de voces que animan el relato. Si bien es cierto que Bajtin acuñó esta noción para analizar la peculiar profundidad, complejidad e independencia de los héroes del escritor ruso, lo que buscamos resaltar aquí, en la narración del fraile dominico, es la presencia de diversas voces que le otorgan al texto una muy particular vivacidad, ya que, presentes en una narración que sigue una línea temporal marcada por el desarrollo de la expedición, poseen, no obstante, una relativa autonomía a la manera de los cuadros de una exposición.

En efecto, Bajtin contrasta la polifonía propia de las novelas de Dostoievsky con la unidad monológica que caracteriza a las novelas canónicas, en las que predomina una visión unitaria y homofónica proveniente de la ideología del autor, y que sirve como hilo conductor para unificar la multiplicidad de personajes presentes en el texto. La polifonía, nos dice Bajtin, “consiste precisamente en que sus voces permanezcan independientes, y como tales se combinen en una unidad de un orden superior en comparación con la homofonía” (1986b: 38).

Aunque *Jornadas* no es comparable con la escritura de Dostoievsky, la noción de polifonía puede servirnos para analizarlo, puesto que nos permite contrastar la intención monológica de su autor con la realidad polifónica presente en la crónica. Porque si bien es cierto que fray Jacinto disponía de una cosmovisión religiosa, política y cultural desde la cual narra los acontecimientos de manera lineal, de modo que el texto presenta con ello un cierto perfil monológico; sin embargo, la complejidad y variedad de los personajes que se hacen presentes en su narración le otorga a la misma una marcada polifonía en la que las diversas voces adquieren una peculiar autonomía. La intención descriptiva que orienta su escritura, al pretender narrar con la mayor objetividad posible las experiencias vividas en el viaje expedicionario, permite que una multiplicidad de voces se haga presente, cada una con sus características propias.

De esta manera, podemos distinguir allí, en primer lugar y de manera destacada, la voz del narrador, cargada con todo el peso y colorido de sus convicciones religiosas y culturales, y su estilo particularmente barroco propio de la época. Como buen dominico, deja ver muy bien su interés por

las prácticas religiosas de sus compañeros, así como por la expansión de la fe católica, tal como puede observarse en los inicios mismos de su narración, al hacer referencia a los indios Guamonteyes que habían venido en son de paz:

Muy placenteros quedamos todos y dando gracias a nuestro Señor por lo bien que habían abrazado la paz estos gentiles y que insinuaban el querer ser cristianos, pues por serlo y nuestros amigos, habían venido de parajes remotos en busca del señor Gobernador que repetía diciendo: *potens est Deus qui ex lapidibus istis suscitavit filios Abrahoe* (sic) (poderoso es Dios quien, a partir de estas piedras, ha hecho brotar hijos de Abraham)¹⁹ (De Carvajal, 1985: 71).

Sin embargo, su tarea principal, más que misionera, la desempeña como capellán de la expedición para atender las necesidades espirituales de los españoles. En la Jornada Octava narra cómo fue incorporado por invitación del capitán Miguel de Ochogavia y mandato del gobernador y capitán general Don Francisco Martínez de Espinosa, y cómo, para cumplir su misión, llevaba consigo “el recaudo necesario para el santo sacrificio de la Misa, con manual mejicano, [...] con hostias hechas, y para ellas en lo delante sazónada harina con prevención para hacerlas” (De Carvajal, 1985: 98).

Su labor religiosa se muestra igualmente en las repetidas ocasiones en las que el relato alude a las diversas ceremonias que realizó como sacerdote a lo largo de la expedición. Unas veces se refiere a las misas celebradas y a la participación de los expedicionarios en ellas, así como a la conmemoración de las fiestas del santoral católico, o al canto del *Te Deum* en acción de gracias por la superación de los peligros a los que se vieron expuestos. A las diversas islas que encontraron a su paso, el fraile les otorga denominaciones de carácter religioso: isla de san Jacinto, de san Antonio, de santa Bárbara, de san Luis Bertrán, etc. Se refiere en los siguientes términos a la denominación dada a un “segurísimo puerto” en el “siniestro lado” del río:

y lo llamé el de nuestro padre y gran patriarca Santo Domingo, cuya intercesión para con nuestro divino Dios, como la de mi padre San Jacinto, nos prometió seguros de nuestro buen acierto, como lo habemos por la bondad divina e intercesión de la sacratísima Reina de los Ángeles, tenido

¹⁹ Se refiere a las palabras que pone Lucas (3, 8) en boca de Juan el Bautista.

hasta ahora, mediante las buenas oraciones de mis compañeros que, junto con ser soldados en las acciones en el servicio de ambas Majestades divina y humana, se ostentaron siempre muy devotos y fidelísimos cristianos, en cuya buena compañía viví siempre muy gozoso (De Carvajal, 1985: 176-177).

Ahora bien, en segundo lugar, aparecen las voces de los españoles expedicionarios. Siendo la mayoría soldados, su lealtad respondía a las “Majestades divina y humana” y su propósito se manifestaba en la práctica espiritual y el deber material. En efecto, el relato del fraile nos permite contemplar toda una cultura española y católica propia del siglo XVII, a partir de la cual se interpretó el espacio y el tiempo y se vivió la cotidianidad. Por ello, además del marcado acento cristiano-católico entonado por la narración del religioso dominico, debemos tener muy en cuenta la relación que, justamente, tal acento tiene con la cultura española y su afán conquistador y pacificador expresado en la crónica. El fraile narra tanto la forma como vivían los españoles de la exploración según su religiosidad (práctica cotidiana de la liturgia católica), como sus intenciones de ocupar el territorio y buscar la conversión al cristianismo de los nativos inmersos en la institución económica y espiritual llamada la encomienda. Fray Jacinto, a fin de cuentas, es también español e hijo de su tiempo y de su cultura al igual que los soldados, lo cual lo lleva, una y otra vez, a hacer referencias a los asuntos divinos y humanos.²⁰

Dos de los españoles que resaltan en el relato por sus figuras de autoridad son el capitán Miguel de Ochogavia y el gobernador Francisco Martínez de Espinosa. Ellos permiten ver claramente cuáles fueron los propósitos e intereses del viaje por el río Apure. En la Cuarta Jornada encontramos una muy detallada descripción sobre los preparativos de la expedición para el descubrimiento del río Apure. Como representante de los intereses de la Corona Española, y habiendo sido informado por los indios guamonteyes sobre lo que podría esperarse de dicha expedición, el

²⁰ Rolena Adorno sostiene que el sujeto colonial produjo un discurso estereotípico “que representa los valores de la cultura masculina, caballeresca y cristiana” (1988: 56). Fue el discurso de la filosofía política el que funcionó “como metadiscurso que integra y articula las otras conceptualizaciones” (1988: 56). En este orden de ideas, en la política monárquica se evidenció la integración de la vida cristiana-católica junto a los intereses económicos y políticos de la Corona. La vida tanto espiritual como material estaban direccionadas por la ley (además de vivir según la directriz espiritual de la Iglesia Católica), y consistía en un deber y un asunto político-económico.

Gobernador decide organizarla para abrir una nueva ruta al transporte de mercancías (junto a la búsqueda de pacificación de los indios), como lo hemos señalado anteriormente. Para ello debió solicitar aprobación de la Real Audiencia de Santafé, tanto para la ejecución del proyecto, como para la dirección del mismo por parte de Ochogavía.

Fray Jacinto transcribe, en estilo casi notarial, la respuesta del Capitán al Gobernador, en la que solicita la suspensión de su destierro y, luego de referirse a los servicios que en ocasiones anteriores ha prestado a la Corona sin recibir remuneración alguna, así como a los gastos en que deberá incurrir para la expedición, establece la manera como deberá ser retribuido. La carta expone ocho peticiones: (1) el derecho a percibir impuestos sobre las mercancías “que hubieren de bajar por dicho río”; (2) recibir en encomienda “la tercia parte de los indios que por mi causa, solicitud y cuidado fueren reducidos a nuestra santa fe católica”; (3) castigar a los indios que se rehúsen a ser sometidos o que cometan infracciones; (4) recibir un determinado porcentaje del ganado salvaje que se logre recuperar; (5) ser nombrado alcalde y justicia mayor con derecho a sueldo, él y sus tres generaciones siguientes, de los pueblos de españoles que se establecieron; (6) ser nombrado “capitán a guerra” para “tender banderas y conducir gente con una o más compañías” necesarias para la expedición; (7) no ser estorbado por las autoridades y recibir el necesario apoyo; (8) ser dueño de todos los “bajeles en que se hubiere de navegar por dicho río” (De Carvajal, 1985: 78-80). A continuación, fray Jacinto reproduce por extenso el documento de las Capitulaciones, en donde se otorgan prácticamente todas las solicitudes hechas por Ochogavía, y se le ordena que la pacificación de las tribus se haga de la manera más respetuosa; a quienes se rebelen se les amoneste, y solo en caso de contumacia se acuda a la fuerza.

Así pues, para evidenciar la polifonía en las *Jornadas* es necesario mostrar, en tercer lugar, las voces de los nativos que poblaban las orillas del río Apure, entre las cuales podemos diferenciar, por un lado, las de aquellas tribus que, como hemos visto en el caso de los Guamonteyes, se presentaban en son de paz y dispuestos a recibir el bautismo, mientras que, por el otro, están las tribus que no habían entrado en contacto con los colonizadores, algunas de las cuales recibieron de manera amigable a los expedicionarios; otras, por el contrario, optaron por huir. Fray Jacinto enumera además los nombres de las diversas tribus que, según él, poblaban la región: 76 pertenecientes a la nación guamonteya y 29 del grupo caribas

o caribes, aunque tales denominaciones, como bien lo ha señalado Miguel Acosta Saignes, “debe tomarse con toda reserva”.²¹

Del primer grupo de indígenas, es decir, de aquellos que tomaron contacto con los expedicionarios de manera pacífica, cabe señalar a los llamados por fray Jacinto en la Jornada décimosexta *indios tabagaes*,

cuyo cacique se llama Guayra Panare, el cual dio luego la paz a nuestro capitán, el que en fe del recibo de ella le dio machetes, cuchillos, tasises y cuentas sin cuenta para su gente toda de gandules y chusma,²² y a él le vistió muy de gala, con que quedando agradecido le hallamos firme en la amistad que dio y paz en las ocasiones que se ofrecieron (De Carvajal, 1985: 144).

Sin embargo, el caso más emblemático lo constituye el cacique Tavacare de la nación paranoa, señor de varios pueblos, y con el que los expedicionarios lograron entablar una relación amistosa. Habiendo avistado una pequeña canoa, la persiguieron hasta apoderarse de los indios, a quienes les dieron un trato no violento y algunos regalos. Estos, a su vez, les hicieron saber que informarían a su cacique para que pudieran avanzar por el río sin peligro alguno. Rodeado de numerosos indígenas, el cacique es descrito por fray Jacinto con abundancia de detalles: cuerpo agigantado, delgado de cintura, lindo rostro, nariz bien labrada, pequeña boca, ojos grandes y negros, frente ancha, cabello crecido hasta la cintura, etc. (véase De Carvajal, 1985: 155). Su poder llegó, incluso, a cobijar diversas tribus indígenas: Othomaca²³ (de donde él procedía), Tavagaya, Ajagua, Mayua, etc. Luego de un intercambio de regalos y de invitarlos a permanecer en su caserío, los españoles deciden pasar la noche en la ribera opuesta, para

²¹ La anotación es hecha por José Alcina, en la edición del *Descubrimiento del río Apure* de 1985 (De Carvajal, 1985: nota 207).

²² Según se explica más adelante, llama ‘chusma’ a las mujeres y niños, y ‘gandules’ a los hombres capaces de pelear.

²³ Como lo aseguran Rodríguez y Escamilla, Pablo Vila “señala la precariedad del modo de vida de los otomacos quienes, por las dificultades geográficas del medio donde vivían, tan solo se dedicaban a la pesca y a la recolección”; los autores nos dicen además que “la localización de los otomacos coincide con un área de inundación en la época de lluvias, que se cubre de depósitos de arena procedente del Orinoco durante la época de sequía” (1998). Su imposibilidad para la hornicultura gracias su ubicación geográfica (por la cual, además, Rodríguez y Escamilla critican a algunos autores sobre su apreciación de la práctica homogénea de la hornicultura en una gran zona que cubre varios ríos como el Apure, Orinoco y Meta) nos muestra un ejemplo sobre cómo pudieron vivir parte de las comunidades indígenas comentadas por fray Jacinto, quienes poseían particularidades culturales según sus condiciones particulares.

evitar cualquier enfrentamiento, dada la superioridad numérica de los aborígenes.

Sin embargo, no había manera de comunicarse, ya que el intérprete que los acompañaba no conocía la lengua de Tavacare. Es entonces cuando fray Jacinto acude a un par de jóvenes indígenas que estaban a su servicio, y a quienes él había bautizado con los nombres de Ana y Jacinto, y trataba como a sus propios hijos:

Preguntele, pues, a la muchacha dicha que si sabía y entendía la lengua de aquella nación del cacique, y si a él le entendía, y me dijo: que muy bien la sabía, y que aquel cacique era de su misma nación de ella, y que también entendía las lenguas de las naciones todas que allí estaban, conque nuestro Capitán y soldados recibieron crecidísimos gustos y yo doblados más que todos (De Carvajal, 1985: 158).

Ante el regocijo general de españoles y nativos, también el joven Jacinto tuvo oportunidad de reencontrar a un pariente suyo que “corría plaza de principal cacique y capitán”, y es entonces cuando el Fraile reconoce haber cometido un grave error, al preguntarles a sus ahijados “si querían quedarse entre sus hermanos y parientes en sus tierras”. No solamente los españoles reaccionaron de manera negativa, sino que los mismos indígenas, al ser informados por los jóvenes nativos bautizados de la propuesta de su amo, le pidieron que los mantuviera a su servicio, “que mejor quedándose en mi compañía lo pasarían, que quedándose en la suya, pues eran ya como blancos mismos, y que ellos vendrían a verles entre nosotros” (De Carvajal, 1985: 160).

Así pues, durante varios de los encuentros (y los desencuentros con los indios que huyeron), como el anteriormente descrito, entre indios y españoles se produjo una rica descripción etnográfica que fray Jacinto evidencia a lo largo de su narración. El texto relata la forma como las numerosas poblaciones de indígenas que habitaban las riberas del río construían sus rancherías, adornaban sus viviendas, organizaban sus fiestas y preparaban sus alimentos. Si bien no podemos considerar a la crónica *Jornadas* como un escrito propiamente etnográfico, sí nos es posible descifrar y documentar un sin número de prácticas vitales que existían en esta zona antes de la llegada de los españoles y que se plasmaron en el relato.

Por ejemplo, el fraile a lo largo de su viaje describe cómo llega a un cercado redondo con capacidad para 600 almas “guarnecido a lo primoroso

con cañas muy sutiles, formando de las mismas unas labores muy vistosas”; era “limpia como un cristal la superficie suya”. En su interior había una serie de ídolos a quienes “reverencian por dioses”, lugar donde no podían entrar las mujeres ni las guarichas, puesto que solo entraban los gandules o indios de pelea. Allí celebraban “fiestas y aretos, así dicen cuando han de consultar con el demonio sus guerras y peleas que tienen entre si unas naciones con otras por sus pescas y otros accidentes que le sobrevienen”. Fray Jacinto de Carvajal describe instrumentos musicales y fiestas nocturnas donde las mujeres sirven bebidas a sus esposos, hermanos e hijos. También describe prendas vistosas que llevan en la cabeza formas de animales (De Carvajal, 1985: 125).

El texto dominico es ejemplo de la descripción etnográfica y botánica que perduró a través de los años y que nos dio una pequeña ventana a las costumbres y prácticas regionales.²⁴ La existencia de estos datos y descripciones en la obra de fray Jacinto nos provee una clave importante para pensar en la presencia de los nativos como una voz polifónica que se diferencia de la voz propiamente española. La capacidad que tiene la crónica de reflejar toda una forma de vida detallada, cargada de tradiciones, ceremonias religiosas, usos alimenticios y medicinales, organización espacial, etc. constituye una manera de evidenciar una voz independiente y excepcional.

Así como muchos nativos muestran en la narración una forma de vida autónoma, también manifiestan sus intenciones ante los exploradores: se resistieron, en cierta manera, a la aculturación y/o pacificación de los españoles huyendo ante su llegada. Es aquí donde entramos a observar el otro grupo de indígenas, es decir, aquellos que optaron por emprender la huida y que representan nuestro cuarto grupo de voces.

La constante ausencia de nativos ante el arribo español a las orillas del Apure es importante para entender cómo varias tribus se resistieron ante los españoles y ante la búsqueda por evangelizarlos y controlar sus territorios. Como lo vimos en la primera parte de este artículo, antes de la

²⁴ Sobre la forma como procedió fray Jacinto de Carvajal a la hora de exponer datos etnográficos dice Alcina: “En opinión de Acosta Saigne, aunque no muestra el Padre Carvajal poseer la mente científica de un Gilij o un Gumilla, nos permite sin embargo, conocer la fuente de su informaciones pues cuidadosamente señala cuando ve y cuando le cuentan. En ello procede como el más escrupuloso investigador moderno, cuando explica, por ejemplo, el número de los grupos indígenas, según el relato de diversos informantes, a quienes nombra, o cuando transcribe las relaciones que sobre los modos de vida de los Caribes le hizo el capitán Lucas García”. (1956: 25).

llegada de fray Jacinto y la tripulación al río, ya habían existido ejemplos de evangelización y pacificación en la zona que no funcionaron. La expulsión de los primeros misioneros dominicos y, por ende, la salida de los españoles alrededor del río Apure demuestra la firme intención de los indios de no querer ser evangelizados.²⁵

En efecto, en repetidas ocasiones se mencionan en el texto aldeas enteras que se encontraban despobladas y en las que podían verse restos de comida, enseres e incluso arcos y flechas abandonados. En la Jornada Decimotercera, el narrador se detiene a describir con lujo de detalles una de esas aldeas abandonadas “capaz para más de seiscientas almas”:

Hallamos la ranchería sin gente por el retiro que había hecho toda ella: halláronse muchos embaques, que son unas ollas muy grandes y de bocas anchas, llenas de pescado cocido, mucha cantidad de maíz cariacó,²⁶ muchos ovillos de primoroso hilo de algodón, inmensas madejuelas de cabuya delgada y torcida muy parecida a la guita²⁷ de España e hilo de carreta, mochilas tejidas, paños de lienzo tejidos con primores (De Carvajal, 1985: 124).

Ya en la Jornada Duodécima, al dar inicio a la expedición, fray Jacinto señala la ausencia de indígenas en las márgenes del río Apure, y la atribuye a que, mediante fogatas que encendían en la noche, se trasmitían entre ellos las novedades y, en particular, la presencia de expedicionarios españoles, de modo que, para evitarlos, emprendían la huida:

²⁵ No conocemos específicamente si en esta zona hubo intentos violentos de aculturación. No obstante, luego del cambio de la política de penetración en los territorios que concebía el pasó de ‘conquista’ a ‘pacificación’ (*Ordenanzas* de 1573 que incluyeron modificaciones con respecto al ejercicio de la violencia contra los nativos), en el siglo XVII se continuó observando prácticas violentas al estilo de la conquista, y en el cual no hubo un cambio de mentalidad de los conquistadores (Vas Mingo, 1985: 85). Este asunto puede verse en un contrastarse con la narración de otro religioso dominico, fray Gaspar de Carvajal, quien poco más de cien años antes (1540) había acompañado a Francisco de Orellana en su descubrimiento del Río grande de las Amazonas (véase González de Díaz, 2018). Mientras que en la crónica de fray Gaspar se narran duros y frecuentes enfrentamientos con las tribus que poblaban las orillas del río, en *Jornadas Náuticas*, por el contrario, los indígenas que no están dispuestos a someterse a los conquistadores optan más bien por evitarlos, internándose en la selva; esta podría verse como un tipo de violencia simbólica.

²⁶ Variedad de maíz autóctono de Venezuela, muy apreciado por su harina.

²⁷ Cuerda delgada de cáñamo.

descubrimos tres grandes fuegos, que son con que los indios se dan avisos ciertos de las novedades que tienen: discursóse [sic] por ellos que si bien no habíamos dado alcance con nuestra vista a ninguno de los indios que continúan aquellas playas, era cierto el habernos visto ellos; y por esta razón daban avisos a los indios que se explayaban el río abajo y llanos de la una y otra banda de él, con los fuegos dichos (De Carvajal, 1985: 118).

Y pocas líneas más adelante, refiriéndose a un grupo de indios cuácuaros, el Fraile hace notar: “Huyeron todos sin que el temple de sus arcos les valiese, y por celebrar su fuga con más presteza, dejaron sus canoas apreadas en tierra, ocupando todos la inculta espesura de los más cerrados arcabucos”²⁸ (De Carvajal, 1985: 119-120).

En el caso de la exploración en la que fray Jacinto participó no se encuentra documentación específica que demuestre un acto de violencia física. El mismo religioso expresa cómo no se proveyeron medios violentos para el trato con los indios. Sin embargo, lo que sí podemos deducir es la clara intención que tuvieron los indios de no encontrarse cara a cara con los españoles, cuyo propósito en esas tierras ya era conocido por los mismos indios. ¿Huían ante la posibilidad de una guerra? ¿Huían para evitar que se les sometiera a una nueva religión y un nuevo líder? ¿Huían para que no les despojaran sus tierras o su cultura? ¿Huían porque no les tomaran sus hijos como seguramente ocurrió con los pajes al servicio del Fraile? En todo caso, este desencuentro demuestra que los indios no querían tener contacto con los españoles a quienes ya habían conocido décadas atrás, evitando cierto tipo de violencia simbólica manifestada en la extirpación de las religiones locales y la inserción de la cultura española y católica (Miranda, 2018).

De esta manera, la polifonía presente en el texto está conformada por cuatro voces diferentes, cada una con sus propias características. Hemos visto, por una parte, al narrador que, con su peculiar visión religiosa y cultural, busca dejar constancia, en forma muy objetiva, de las realidades y acontecimientos de la exploración del río Apure; por otra parte se nos presentan los españoles y las autoridades, en las figuras del Gobernador y del capitán Miguel de Ochogavía, con sus intereses tanto colonizadores como económicos; y, finalmente, los dos grupos de indígenas, unos pacíficos y dispuestos a entablar contacto con los españoles, y otros que optaron por la huida para evitar dicho contacto.

²⁸ Llaman así a un monte de gran espesura.

Teniendo en cuenta el encuentro y desencuentro cultural entre españoles e indígenas, podemos deducir la existencia de dos grupos voces que poseen características y culturas diferentes, que demuestran, a su vez, la polifonía presente en la obra de fray Jacinto. Aunque la narración esté enfocada en la ideología del autor (y hace que parezca más una narración monológica) reflejada en los españoles como primer grupo de voces, debemos tener muy presente que la crónica del dominico nos deja pistas importantes para entender la existencia de un segundo grupo de voces. La primera característica de este grupo es su forma de vida diferente y casi contraria (información etnográfica e, incluso, sobre biodiversidad) al primer grupo; la segunda característica está en la resistencia de aquellos que no quisieron tener contacto con los españoles, y que buscaron, desde épocas anteriores, la manera de no caer en manos extranjeras. Este segundo grupo, por lo tanto, constituye una ideología completamente autónoma a la del autor de la narración, ya que presenta suficientes características como para observar formas de vida independientes a él y a los españoles.

CONCLUSIONES

Todo lo que hemos descrito a lo largo de este artículo nos permite ver en la crónica de fray Jacinto de Carvajal un particular colorido que contrasta con lo intrincado de su estilo, entretejido con frases interminables y un hipérbaton de carácter barroco, adobado con pretensiones literarias no siempre coronadas por el éxito, pero que lo convierten, sin embargo, en un escrito de muy alto valor documental. Sobre todo porque, como lo señala M. Bajtin con respecto a los textos narrativos de Dostoievsky, la polifonía lleva a ver y pensar el mundo “por excelencia en el espacio y no en el tiempo. De ahí su profunda tendencia hacia la forma dramática” (1986b: p. 47). En otras palabras, el carácter polifónico de la escritura le otorga al cronotopo una preponderancia de lo espacial sobre lo temporal. En efecto, si bien es cierto que la narración de fray Jacinto sigue un hilo temporal que conecta las sucesivas “jornadas” del viaje, sin embargo, la forma polifónica del texto imprime un sentido espacial, al presentar una secuencia de cuadros en los que se ven desfilar uno tras otro los diversos personajes y los diferentes paisajes, configurando cada uno su propio drama y su propia voz.

Cronotopo y polifonía revelan en la crónica del dominico una dinámica en la que el espacio juega un papel importante en la identificación de la personalidad de cada voz. Sean nativos o españoles,

los distintos personajes viven y conviven en un espacio (junto a las relaciones y no-relaciones presentes allí) que proporciona las características que confeccionan la diversidad de voces. El espacio (y en algunos aspectos, el tiempo), apoyado en la historia local de la región donde se realizó el viaje náutico, nos ayuda a entender cómo vivían los nativos antes y durante la llegada de los españoles, y cómo ante su contacto se produjo una respuesta capaz de hacer resistencia. En este orden de ideas, podemos hallar en la crónica de fray Jacinto la existencia de formas de vida completamente independientes una de la otra, es decir, voces que muestran autonomía con respecto a la ideología del autor gracias a sus características narrativas e históricas.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, M. (1951), ¿Cómo se descubrió el Río Apure?, *Revista Nacional de Cultura de Venezuela*, 86, pp. 71-78.

Acosta, M. (1983), *Estudios de etnología antigua de Venezuela*, La Habana, Casa de las Américas.

Acosta, M. (2017). *Estudios para la formación de nuestra identidad*, Caracas, Fundación editorial el perro y la rana.

AGI, Santa Fe: 67, N° 25, Cabildos seculares: *Audiencia de Santa Fe. 18 de febrero de 1611*. 182 ff.

Alcina Franch, J. (1985), “Introducción”, en J. De Carvajal, *Descubrimiento del río Apure*, Madrid, Historia 16, pp. 7-28.

Añón, V. Battcock, C. (2013), “Las crónicas coloniales desde América: aproximaciones y nuevos enfoques”, *Revista de estudios latinoamericanos*, 57(2), pp. 153-159. Disponible en: goo.gl/uoJ2fr

Ayuso, V., García, C. y Solano, S. (1997), *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Editorial Akal.

Báez, E. (s.f.), *La orden dominicana en Colombia. Tomo IX. Misiones dominicanas de Casanare, Apure y Barinas* (texto inédito), Bogotá, Archivo Histórico de la Provincia Dominicana de Colombia.

Bajtín, M. M. (1986a), *Problemas literarios y estéticos*, Alfredo Caballero (trad.), La Habana, Editorial Arte y Literatura.

Bajtín, M. M. (1986b), *Problemas de la poética de Dostoievsky*, Tatiana Bubnova (trad.), México, Fondo de Cultura Económica.

Butt Colson, A. (1980), *Los Aborígenes de Venezuela*, Caracas, Fundación La Salle de Ciencias naturales- Instituto Caribe de Antropología y Sociología.

Clarac, J. (2010), “Miguel Acosta Saignes desde la visión de una antropóloga actual”, *Boletín Antropológico*, 28, 78, pp. 44-60. Disponible en: goo.gl/6EQgL6

Clarac, J. (1993), “Estatutos y características cognitivas de la antropología en Venezuela”, *Alteridades*, 3, 6, pp. 17-26. Disponible en: goo.gl/Fi5oGP

Cristina, M. T. (1989), “La literatura de la Conquista y la Colonia”, en J. G. Cobo Borda y S. Mutis (eds.), *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta, vol. 3, pp. 696-709.

Cruxent, J. y Rouse, I. (1961), *Arqueología cronológica de Venezuela*, Caracas, Ernesto Armitano Editor.

De Carvajal, J., O. P. (1985), *Descubrimiento del río Apure*, Madrid, Historia 16.

De Carvajal, J., O. P. (1956), *Descubrimiento del río Apure*, Madrid-Caracas, Edime.

Fuentes, C. (2008), *El espejo enterrado. Reflexiones sobre España y América*, México, Fondo de Cultura Económica.

Fuentes, C. (2011), *La gran novela latinoamericana*, Madrid, Alfaguara.

- González de Díaz, M. (2018), “Fabulación y narración en el relato de Fray Gaspar de Carvajal, O. P., sobre el descubrimiento del río Amazonas”, en Benavides, F., Torres, E. y Escobar, A. (eds.), *Ochocientos años de la Orden de Predicadores. Tomo IV: La vida conventual y misionera*, Bogotá, Ediciones USTA (En prensa).
- Hernández, O. (2008), “Tiempo de Indias: Crónicas e imágenes del nuevo mundo y la expresión literaria latinoamericana”, *SAPIENS*, 9(1), pp. 213-235. Disponible en: goo.gl/DR8fWi
- Lafaye, J. (1999), *Los conquistadores. Figuras y escrituras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Medina, J. R. (1992), “La invención de América o la Tierra nueva: de lo maravilloso medieval a lo real maravilloso”, en H. Beco, *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. IX-CXIII.
- Medina, M. (1995), “Visión panorámica de los dominicos en América hacia 1800 según sus actas capitulares”, en J. Barrado (ed.), *Los dominicos y el Nuevo Mundo, siglos XVIII-XIX*, Salamanca, Editorial San Esteban.
- Mendes, A. (19 de octubre de 2014), *Fray Jacinto de Carvajal, Primer Cronista de Apure* [Ponencia publicada en blog]. Disponible en: <https://goo.gl/spJRnL> (9-2-2018).
- Mesanza, A. (s.f.), “Los padres dominicos en Venezuela”, en *Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela* (Cap. IV, pp. 257-272). Disponible en: goo.gl/33RCDU
- Mignolo, W. (1982), “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, en L. Íñigo (ed.), *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, vol. 1, pp. 57-116.
- Miranda, J. (2018), “Evangelización y cristianización en las *Jornadas Náuticas* de fray Jacinto de Carvajal O.P.”, en Benavides, F., Torres, E. y Escobar, A. (eds.), *Ochocientos años de la Orden de*

Predicadores. Tomo IV: La vida conventual y misionera, Bogotá, Ediciones USTA (en prensa).

Molina, M. (2007), “Miguel Acosta Saignes y la dignidad del estudio sobre los indígenas en Venezuela”, *Procesos Históricos, Revista Semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales*, 11, pp. 1-19. Disponible en: goo.gl/todskf

Moral, R. (2004), *Diccionario práctico del comentario de textos literarios*, Madrid, Editorial Verbum.

Navascués, J. (2013), “Mundo animal y filtro retórico en las Jornadas náuticas de fray Jacinto de Carvajal”, *Hipogrifo*, 1.2, pp. 59-72. Disponible en: goo.gl/jRn1Yq

Ortega, F. (1994-1996), “La etnobotánica en el descubrimiento del Río Apure (1648)”, *Antropológica*, 85, pp. 3-72.

Pastor, B. (2008), *El segundo descubrimiento*, Barcelona, Edhasa.

Ponsich y Camps, R. (1770), *Vida, martirios y grandezas de Santa Eulalia*, Madrid, En la oficina de Blás Román. Disponible en: <https://goo.gl/LcJZiQ>

Poupeney, C. (1991), “La Crónica de Indias entre «historia» y «ficción»”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 15, 3, pp. 503-515.

Pupo-Walker, E. (1982), *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, Gredos.

Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales (2010), “Miguel Acosta Saigne: un científico social integral”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 16, 1. Disponible en: goo.gl/733Fgf

Rioseco, V. (2008), “La Crónica: la narración del espacio y el tiempo”, *Andamios, Revista de Investigación Social*, 9, pp. 25-46.

Rodríguez, A. (2013), “Crónicas de Indias: ¿literaturas de fundación?”, *Miscelánea*, 13, pp. 17-39. Disponible en: goo.gl/6M8bia

Rodríguez, A. y Escamilla, F. (5 de septiembre de 1998), “El Orinoco: 500 años de historia”, *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 110. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-110.htm>

Ruíz, M. (2000), *Tabaco y sociedad en Barinas. Siglo XVII*, Mérida, Universidad de los Andes.

Saavedra, M. (2005), “Las crónicas de América, visión española de la realidad Americana”, en C. Pérez (ed.), *Relaciones Oriente-Occidente*, pp. 1-14. Disponible en: goo.gl/zSCTxE

Sanoja, M. y Vargas, I. (1974), *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Sáinz, L. (1977), “Reencuentro con los Cronistas de Indias”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 6, pp. 19-38. Disponible en: goo.gl/GKaJCr

Tosta, V. (1986), *Historia de Barinas. Tomo I: 1577-1800*, Caracas, Academia Nacional de Historia.

Vas Mingo, M. (1985), “Las Ordenanzas de 1573, sus antecedentes y consecuencias”. *Quinto Centenario*, 8, pp. 83-101. Disponible en: goo.gl/XzzByi

Velázquez, N. (2010), “Población indígena y etnohistoria en el extremo oriental de Venezuela”, *LiminaR*, 8, 2, pp. 89-105. Disponible en: goo.gl/ngyiQM

Vergara y Vergara, J. M. (1867), *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hnos.

White, H. (1992a), *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Trad. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós.

White, H. (1992b), *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Trad. Stella Mastrángelo, México, Fondo de Cultura Económica.

White, H. (2002), “The Historical Text as Literary Artefact”, en B. Richardson (ed.), *Narrative Dynamics: Essays on Time, Plot, Closure, and Frames*, pp. 191-210.